

ÁNGEL GUERRA<sup>1</sup>

Un distinguido extranjero que vino a Madrid a cerrar contratos con los novelistas españoles, para que sus obras se publiquen traducidas en los Estados Unidos, me decía que, en opinión de Zola, nuestra novela actual es la *tercera* en mérito de las que hoy se conocen en Europa: el autor de *Germinal* reservaba, por supuesto, la primacía a la novela francesa y a la rusa, y no estando resuelto cuál de estas dos triunfa, la nuestra vendría a ser la *segunda* realmente. Pero admitamos el tercer lugar. La halagüeña opinión de Zola —que halagüeña es, estemos o no conformes con esa especie de jerarquía— me sugirió una correlación de ideas, llevándome a comparar novelas y públicos, y confieso que no he quedado persuadida de que, si tenemos la

- I Los artículos que componen este libro han sido extraídos de *Polémicas y estudios literarios*, obra de Emilia Pardo Bazán publicada en 1892.

*tercera* novela de Europa, tengamos igualmente el *tercer* público de lectores.

Público lo tenemos ciertamente, y él basta para sostener la muy lozana producción novelesca de estos últimos años, hoy que las vicisitudes políticas y las crisis económicas han cerrado a piedra y lodo el mercado de la América del Sur, cuando principiaba a rendir fruto; y público tenemos de olfato bastante fino, pues no se deja desorientar por las falsas pistas que tan a menudo y con tanta frescura le señalan los periódicos y los criticadores platilleros, ni arriesga sus tres pesetas sino sobre seguro. Público tenemos, pues tenemos novela, y no duden los idealistas que ven al genio y a la inspiración en forma de lengua de fuego de Pentecostés que sin público no habría novela, ni Cervantes que la fundó. Pero...

Peros, y aún manzanas, tiene esto del público, y claro está que yo no voy a recoger aquí tanta fruta. Sin embargo, ya no me es posible guardar el secreto de que nuestro público es muy escaso. Constituye una minoría social insignificante, y por la misma razón descontentadiza, suspicaz y con elevadísimas aspiraciones. Digo elevadísimas, porque el español que se determina a sacar tres pesetas del bolsillo, quiere ser

divertido, enseñado, respetado en el pudor «de sus hijas y esposas», no lastimado en sus creencias religiosas y aún políticas, despabilado cuando le entra soñarrera, y más cuanto más dueño, siempre por virtud de las tres pesetas, de un *capolavoro*<sup>2</sup> que enriquezca su biblioteca... futura. Si mediante las tres pesetas no obtiene todas estas cosas, el novelista es su deudor. A veces, para apremiar al deudor, se gasta quince céntimos: le escribe, no para decirle «me ha consolado V., me ha hecho reír, o llorar, o pensar», sino para prestarle un verdadero servicio, explicándole de qué modo él —el lector— habría desarrollado «aquél mismo pensamiento», con más provecho de la moral y del arte.

Y es que, tratándose de cualquier otro gasto de tres pesetas, el español tiene idea apropiada de la correspondencia entre el desembolso y las utilidades que reporta: por tres pesetas sabe que no disfruta más que hora y media de simón, y aun tiene que aflojar propina; por tres pesetas ya comprende que no le dan más de tres entradas en los Jardines del Retiro. Solo a las tres pesetas de la novela les atribuye un valor infinito —como atribuye la Teología al sacrificio de la Misa—.

2 «Obra maestra».

He dicho antes que el público tiene olfato sutil, y no hay bombo que le aturda; y si me paro a meditar en este síntoma, añado que no me congratulo de él. Es señal de poco apetito y enfermizo estómago el hacer dengues y melindres, el escoger mucho los alimentos, y el gustar solo de dos o tres guisos, no pudiendo resistir los demás. La persona robusta come de todo, y aunque tenga sus preferencias, digiere y asimila cualquier manjar aceptable. En el fondo de las precauciones del público español hay mucho de lo que decíamos antes: convicción del valor *infinito* de las tres pesetas destinadas a adquisición de la novela, y firme resolución de no malgastarlas por nada del mundo. Si en vez de cautela económica viésemos un juicio estético, más o menos severo, pero justo, lo alabaríamos. Me temo que es *lo otro*, lo prudentes y ahorronees que en materia de libros nos hizo Dios.

Nótese que en España no aparece aquella pléyade de novelistas secundarios, de grata y amena variedad, que en Francia da pasto a la afición del público, durante los forzosos interregnos que deja la producción de los maestros. En mi sentir, Pedro Loti —a quien la Academia, como era de suponer, prefirió a Zola— no pasa de ser novelista de segunda fila, o más